

Milton Rossel

EL MISTICISMO REVOLUCIONARIO Y LOS NUEVOS MITOS

LOS movimientos revolucionarios ruso, italiano y alemán nos prueban que bastan dos o tres ideas simples para inflamar de mesianismo el espíritu elemental de las masas. Prematuramente caduco el mito democrático y aun viviente el mito monárquico en una prolongada agonía, ha sido indispensable crear nuevos mitos, porque ni el mito democrático ni menos el monárquico responden a necesidades de las masas, que ya no comulgan en sus altares ni se emocionan con sus símbolos; y porque la humanidad en su marcha incesante de superación ha ido substituyendo periódicamente los mitos, desde las religiones politeístas de la antigüedad hasta el mito anarquista que aun no ha sido plasmado en forma tangible de Gobierno, viviendo nebulosamente en ciertas conciencias de avanzada. Lenin, Mussolini e Hitler, en sus respectivos países, crearon los mitos que hicieran vibrar los sentimientos vitales de las masas, llevándolas a la acción revolucionaria movidas unánimemente por una misma fe esperanzada. Se encendió en las masas el misticismo revolucionario como una manifestación de fe de que el nuevo mito habría prendido abrasador; y los caudillos atizan el fuego revolucionario para que no se extinga en los altares el

fervor por el nuevo culto. Las muchedumbres encendidas por la pasión y la fe, han actuado con un heroísmo inaudito y con un desprecio de los más elementales sentimientos de respeto a la personalidad, lo cual las ha conducido, en muchos casos, a acciones despiadadas lindantes con la barbarie.

Y al mito ha sido necesario crearle el símbolo que sintetice esquemáticamente el espíritu de la nueva doctrina y la institución que vele por la integridad de su culto, como el cristianismo creando la Cruz y la Iglesia que se llamó Inquisición o las Cruzadas cuando la fe fué más quemante. Así, la Revolución francesa simbolizó su mito de la Libertad, Igualdad y Fraternidad en el gorro frigio e instauró el Terror en defensa de los nuevos principios; la Revolución rusa saca su símbolo del martillo y la hoz entrecruzados y entrega a la Cheka el afianzamiento del régimen soviético; Mussolini extrae de la vieja Roma el haz de los lictores para simbolizar su cesarismo y organiza férreamente las milicias fascistas para que respondan de la seguridad del nuevo régimen en el presente y en lo futuro; Hitler impone la cruz swástica y en las tropas de asalto descansa confiadamente.

No fueron los fríos dogmas del marxismo lo que Lenin logró incrustar en las mentes proletarias; nada de materialismo histórico ni aun de socialización de los medios de producción; son ellos principios que requieren una mínima cultura y un pequeño esfuerzo de inteligencia para que pudieran haber sido comprendidos por los rusos analfabetos y supersticiosos. La paz inmediata a cualquier precio, la tierra a los campesinos y todo el poder a los Soviets fueron los mitos que crearon los caudillos bolcheviques con un maravilloso sentido psicológico de la realidad, y que bastaron para animar a las masas en incontenibles empujes revolucionarios, derribando fácilmente la República democrática, falta de apoyo en el pueblo, por-

que su mito no respondía a las necesidades primordiales de las masas, que, hambreadas y escuálidas por unas guerras malamente llevadas por un gobierno descompuesto hasta sus entrañas, no podían bastarse con las hermosas palabras de Kerensky, quien parecía revivir la acción demagógica de Danton, en el ambiente tumultuario de la Convención. Agitado el pueblo ruso y disciplinado bajo la égida de Lenin y Trotsky, se inició implacable la cruzada comunista a través de sus inmensas estepas. Kerensky y sus compañeros de su efímero gobierno fueron academizantes de la Revolución, sin raigambres en las entrañas de su país, como lo han sido numerosos caudillos indoamericanos que una vez en el poder no han sido capaces de encararse con la realidad hosca y huraña y voltear los obstáculos en una actitud decidida. Lenin, con su espíritu maquiavélico, supo aprovecharse de las circunstancias y ajustar su política dentro de un margen de posibilidades que lo llevó hasta retroceder y pactar con el odiado capitalismo, manteniendo siempre vivo el culto por los nuevos mitos y encendida la mística revolucionaria, labor que los actuales dirigentes soviéticos han realizado también con innegable éxito, especialmente Stalin, quien ha heredado de Lenin la energía indomeñable, la actitud ladina y escurridiza y un singular sentido de la realidad, Bajo la forma de ideas grandiosas y prácticas al pueblo ruso se le sigue dando mitos, a fin de que su culto por el comunismo se incremente sin cesar. El socialismo en un solo país, el Plan Quinquenal y la colectivización de los campesinos son los nuevos mitos que mantienen encendida en el pueblo ruso la fe revolucionaria; seguramente ellos irán amoldándose a la acción cambiante de la realidad, hasta llegar a hacer de la U.R.S.S. una especie de Estados Unidos de Norte América. Y como el mito tiene que responder a necesidades primarias de las masas y ellas tie-

nen sinuosidades imprevistas, la política soviética, tratando de interpretar el sentir colectivo—que no es nada más que el del partido comunista—ha oscilado en alternativas, a veces contradictorias dentro de las líneas fundamentales del marxismo. Así, por ejemplo, cuando Trotsky, con su orientalismo fervoroso, quiso hacer la Revolución social en todo el mundo, dando acaso con ello realización a la profecía dostoienskiana de que Rusia estaba llamada a desempeñar un trascendental papel en los destinos de la humanidad, Stalin, fanático de la objetividad, rechazó la idea por considerarla peligrosa para la estabilidad del régimen, y porque no era propicio el momento para darle al pueblo un mito que, por sus enormes proporciones, era muy difícil, que tuviese adeptos incondicionales, y junto con desechar la idea, eliminó de su gobierno a su defensor.

Intelectualizado el mito comunista, entrega a Bujarin la confección del catecismo que los prosélitos del partido deben aprenderse y acatar sin discusión so pena de ser considerados como traidores a la causa y como heterodoxos de la Tercera Internacional. Cuando el escepticismo, la serenidad y el análisis se interponen el mito no se adentra en los espíritus.

Mussolini, al instaurar el fascismo en Italia, se nos presenta como uno de los más grandes creadores de mitos que ha tenido la humanidad, llegando a darle a su pueblo una mística revolucionaria tan encendida, como la de los comunistas en Rusia, como que la ideología de su juventud fué bebida en las más puras fuentes del marxismo. Mussolini se encara con los acontecimientos que habían hecho de Italia, después de la guerra europea, un conglomerado bulle y amorfo que amenazaba destruir hasta los basamentos en que descansaba la organización social, como en Rusia; comprende Mussolini que no es el mito democrático ni el comunista el que el pueblo

italiano necesita en ese momento de desintegración del Estado; sabe él que no es de la voluntad humana rectificar las leyes ineluctables del destino; por eso se adapta a la realidad, interpretando el carácter del pueblo italiano. Su política está condicionada por los acontecimientos cotidianos. Crea el nuevo mito, ya que la atmósfera propicia a su culto había sido determinada por los hechos. Y es negativa su primera actitud: odio al comunismo, al parlamentarismo y a la política internacional de las grandes potencias. Es decir a todo aquello que había provocado la inquietud desesperada y sin sentido en un sector apreciable del pueblo italiano. Supo Mussolini, como Lenin, aprovechar ese momento psicológico y, valiéndose de sus condiciones, de demagogo y de organizador, formó una fuerza disciplinada poderosa a través de todo el país; sus adeptos sentían el nuevo mito y estaban poseídos de la mística revolucionaria para acometer contra los obstáculos; y sólo actuó de frente cuando los partidos políticos tradicionales habían llegado a su mayor descomposición. Republicano, Mussolini halaga al Rey; anticlerical, coquetea con la Iglesia; enemigo del parlamentarismo, es respetuoso con el Senado, manchesteriano en economía, se entiende con el Soviet. En una política aparentemente contradictoria deja a los hechos que la encaucen en un sentido determinado, prescindiendo de toda norma dogmática. Por eso, puede decirse que el fascismo es Mussolini, y que antes de ser un cuerpo rígido de doctrinas políticas es una actitud un modo espiritual, frente a lo cotidiano y a lo trascendental, porque el fascismo es también «una concepción religiosa, para usar las propias palabras de Mussolini, en la que el hombre es visto en sus relaciones inmanentes con una ley superior, con una voluntad objetiva que trascienda al individuo particular y lo eleva a miembro consciente de una socie-

dad espiritual». Nutre sus raíces en la tradición secular, y elevándose sobre lo efímero, aspira a una realización espiritual de los destinos de Italia. Mussolini, como un artista, ha ido plasmando la fisonomía política de su país, extrayendo de los elementos vitales del pueblo italiano los ingredientes primarios, para amoldarlo a su imagen y semejanza. Creó el mito fascista y el misticismo revolucionario adecuado e inculcó en el espíritu de la juventud una fe tan ciega como la que debieron haber sentido los primeros cristianos cuando salieron a propagar al mundo decadente la nueva verdad que les había sido revelada.

Hitler, imitando a Mussolini, ha agitado al pueblo alemán en un movimiento revolucionario que si tiene su mística, carece del mito que lo aúne en una finalidad categórica, puesto que el nacionismo es un mosaico ideológico que va desde el socialismo integral de Strasser hasta el nacionalismo rabioso de Goering. Hitler ha tomado de Mussolini la actitud meridional, exagerándola histéricamente; ha copiado el gesto, lo externo, ya que la fuerte personalidad del Duce y sus grandiosas concepciones son intrasferibles. Hitler se nos presenta como un iluminado que ofrece al pueblo elegido por su destino sacarlo de la postración en que yace; su mesianismo tiene las proporciones de los ungidos por la historia. El nacionismo nace en Alemania en condiciones similares a las del fascismo en Italia, agravadas por una guerra infausta y con un tratado de paz humillante a su condición de país soberano. El fracaso del régimen democrático instaurado por la social-democracia, cuyos jefes firmaron el Tratado de Versalles; la actitud de los judíos en presencia del descalabro económico; las amenazas revolucionarias de los comunistas que engrosaban y disciplinaban sus filas formando un poderoso frente rojo; y la miseria general como consecuencia de la crisis; sirvieron a

Hitler para crear su misticismo revolucionario. Odio a todo lo extranjero, especialmente a los judíos y al marxismo, fué el grito de guerra de Hitler, a cuyo eco respondió la juventud generosamente. Se diría que el nazismo ha sido el gesto desesperado y trágico que ha adoptado un pueblo que sentía desplomarse su organización, no obstante su tradición y sus reservas de energía. El llamado de Hitler prendió en el espíritu de la juventud con un poder magnético irresistible, dándose casos de heroísmos dignos de mención, como el de Hort Wessel, que lucha denodadamente con los comunistas en la calle en desigualdad de condiciones y que muere acribillado a balazos; o actitudes espectaculares como la de cierto joven que se presenta a la tribuna vestido con su camisa parda y al ser advertido por un policía de que estaba prohibido usarla, se desvistió inmediatamente mostrando al público nazi desnudo su pecho en que tenía tatuada la cruz swástica. Casos como éstos han sido frecuentes en la juventud alemana; de ahí que creamos que el movimiento revolucionario alemán está insuflado de romanticismo. «El amor a la aventura y la fe en las estrellas—ha escrito André Germain—levanta a los jefes, obscuramente, como arrastran a los humildes milicianos. El magnético poder de unos sobre otros no es grande sino porque ellos se parecen mucho entre sí, y son todos creyentes; cruzados, posesos de ilusiones».

Hitler no ha creado un mito; pero sí una mística que ha prendido en la juventud heroica e ilusionadamente. El nazismo más que un sistema de doctrinas político-económicas, es, como el fascismo, su hermano mayor, una actitud bélica para hacer de Alemania una Nación.

El mundo, se ha dicho, padece crisis de sistemas y de valores; estas palabras agoreras han repercutido en todos los rincones del mundo; y hasta Indo-Amé-

rica llegan las voces angustiadas de los que se creen llamados a salvar la civilización cuyo andamiaje parece crujir hasta esta Indo-América convulsionada por rencillas domésticas carentes de sentido y de de grandeza. Porque nuestros movimientos revolucionarios no han sido más que gestos esporádicos sin proyecciones en la historia del Continente. El mito creado por Bolívar no prendió revolucionariamente; acaso una prolongación de él se advierte en la actitud de Haya de la Torre, cuyo aprismo ha despertado en la juventud de su patria y aún en la de algunos países de Indo-América un misticismo revolucionario de sólida consistencia.

En nuestro país las masas se han agitado esporádicamente por efímera circunstancias electorales. Tal es el caso del año 20, que pareció agitar a las masas en actitudes trascendentales, pero ello no pasó de ser un motivo para ganar unas elecciones. Apenas si se convulsionó la superficie del pueblo, que pronto recobró su quietud fatalista y resignada.